

JESUS FUEYO ALVAREZ

EL PROBLEMA
DE LA REPRESENTACION
EN LAS
DEMOCRACIAS DE MASAS

El problema de la representación en las democracias de masas

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. JESÚS FUEYO ALVAREZ (*)

I. En esta mi primera exposición dentro del honroso marco de la Academia quisiera simplemente plantear, con toda la objetividad posible, un tema que en mi opinión define el estilo y las estructuras reales de poder y de representación en las sociedades políticas contemporáneas.

Desde un punto de vista estrictamente lógico, la delimitación del tema exigiría un esfuerzo de definición de la *democracia* misma, pero esta noción, como el aire que respiramos, es tan universal y confusa, tan babélica y, sin embargo, lógica, si nos atenemos a la estricta terminología, lleva tantos siglos siendo discutida que es preferible en este momento hacer abstracción de ella, para estudiar o al menos suscitar alguna reflexión sobre ciertos condicionamientos que dominan a las democracias de masa contemporáneas, alcanzando al plexo solar mismo de donde emana su pureza y su desviación. Me refiero al condicionamiento de la *representación* institucional y política que en un mundo, como el del ocaso de nuestro siglo, dominado por una mutación estructural y acelerada regida por dos vectores: la configuración hegemónica de la gran política y la masificación externa y psicológica del hombre contemporáneo. Por

(*) Disertación en Junta del 20 de abril de 1982.

lo demás, yo acepto el punto de partida de uno de los últimos teóricos de la democracia, Giovanni Sartori, que en su obra, justamente titulada "Teoría de la democracia", comienza diciendo:

"Dada cierta inclinación a la paradoja, se podría definir la democracia como el nombre pomposo de alguna cosa que no existe." "Entiéndase bien —sigue diciendo Sartori—, tamaña afirmación es provocadora y tendría mucho más tacto el decir que el término democracia es engañoso cuando se le aplica a aquello que pretende designar." Como estoy conforme con la reducción histórica que supone la tesis de Mitterrand, cuando subraya que toda democracia tiene que ser portadora de una idea concreta y expresiva de su propio proyecto de realización.

II. Preferiría, una vez marginada, a efectos meramente metodológicos, la noción de democracia, precisar en qué sentido se emplea en el contexto de esta exposición la idea también multiforme de representación y cuanto entiendo, a la altura de nuestro tiempo por masificación.

La idea de representación es, en el mundo actual, el sustitutivo institucional de la soberanía popular. La soberanía del pueblo, incluso dejando de lado las distinciones y matices que la propia noción de pueblo lleva consigo, tiene forzosamente, para realizarse de alguna aproximativa manera, que recurrir al principio de representación institucional. El mismo Rousseau, máximo doctrinario de la democracia, reconocía que la *democracia directa* no era realizable más que en pequeñas ciudades, donde todo el mundo se conociera. Ahora bien, basta una simple visión de la enorme concentración urbanística que se produce por la explosión demográfica y por otras causas, para hacerse cargo de que la representación es *condicio sine qua non* de la mejor o peor funcionalidad de la democracia. Dicho esto, es la misma idea de representación, de suyo un tanto problemática, la que está en juego, por lo que hace a los muy distintos encauzamientos que se plantean en las actuales estructuras sociales y sistemas políticos de representación. Para llegar a la concreta forma de representación que domina parte del mundo occidental contemporáneo hay que partir de la explosión del mundo de los Estados. Tómese nota de un solo dato: antes de la segunda guerra mundial, el número de Estados representados en la Sociedad de Naciones no alcanzaba los cincuenta Estados, mientras que ahora

los Estados representados en la ONU pasan de ciento cincuenta. No es este el lugar o el momento para valorar lo que la descolonización y el fin de los últimos grandes imperios —Inglaterra, Francia, Holanda y Portugal— han significado para la dinámica política de nuestro tiempo. Pues no se trata de una pulverización del universo político, sino que además ha de tenerse en cuenta que ello ha llevado consigo la descalificación del *concierto de Naciones* y la alineación de los nuevos Estados bajo la tutela hegemónica de los Estados Unidos y de la Unión Soviética. Dejando aparte la teoría de los Estados no alineados, que de día en día se torna más infiltrada y confusa, es lo cierto, para no salir del marco del tema, que hoy unas elecciones en Francia o en Noruega, en Inglaterra o en España inscriben sus pronósticos y sus resultados en la misma política mundial. Tan es esto así que, como lo ha puesto de manifiesto el acceso de los socialistas al poder en Francia, se plantean las estrategias más complicadas para que se haga posible tratar de hacer compatible la alineación de la ideología o del cambio de sociedad que se proponen sin romper los lazos del complejo hegemónico. Los casos tan antitéticos como el de Francia y el de Polonia, creo que corroboran lo que acabo de decir.

Hay, pues, que comenzar por el principio de *satelitización* que domina la situación mundial y con ello está dicho que la representación institucional, cualquiera que sea su fórmula, se infiltra y manipula de alguna forma el proceso electoral interno. Otro aspecto decisivo que ha de tenerse en cuenta es la masificación de la sociedad contemporánea. La rebelión de las masas, descrita por Ortega, ha triunfado. Y ha triunfado, bien que para provocar formatos políticos claramente oligárquicos, pero que no se atreven a imponer su poder en la conducción de las masas, sino, al contrario, analizar y sopesar las reacciones de masa para no encontrarse con resistencias o incoherencias respecto a los grandes intereses que se ponen en juego en cada período electoral. Así, la metamorfosis de la inteligencia política, el tránsito desde la política de ideas a la política de imágenes, constituye una mutación decisiva que se viene incrementando amenazadoramente desde finales de la segunda guerra mundial hasta nuestros días, que indudablemente son sólo en este respecto el nacimiento de un proceso de la base política y de seducción de la masa cuyo alcance es de consecuencias que no podemos medir.

Por supuesto, en todo cuanto decimos nos estamos refiriendo a las llamadas democracias occidentales, marginando de nuestro tema a las democracias populares, que a pesar de todo tienen sus mecanismos de representación por muy ficticios que nos parezcan en Occidente y que se autodefinen como democracias populares o democracias avanzadas.

III. EL TRANSFONDO DE LA REPRESENTACION

El auge de la democracia hasta convertirse en un supuesto de civilización, es un fenómeno que sin dejar de tener los precedentes de todos conocidos, constituye el hecho más importante del mundo político moderno. La filosofía y las ideologías se han elaborado en el Siglo de las Luces, con la Ilustración del siglo XVIII, pero no es de extrañar la tesis de que la primera *democracia industrial* ha sido puesta en marcha en los Estados Unidos, ciertamente con las ideologías europeas, y sobre todo francesas, como decía en su obra básica sobre la democracia el que fue presidente del Gobierno en Italia, Nitti. La democracia europea, que tiene sus orígenes modernos en Inglaterra y su verdadera explosión política en Francia y en las guerras napoleónicas, difiere estructuralmente y no sólo institucionalmente, de modo fundamental, de la norteamericana y si se quiere también de la U. R. S. S. Ha de partirse de la sencilla idea de que los Estados Unidos y la U. R. S. S. no son naciones en el sentido europeo, sino superpotencias o agregados políticos inmensos en cuanto al espacio y en cuanto a la población, que es la que da permanencia y clarividencia a la obra básica de Tocqueville. En el centro del tema de la representación están, sin duda, los partidos políticos, que si en un principio fueron oficinas de reclutamiento para el proceso electoral, se han convertido en la actualidad en instrumentos permanentes monopolizadores de la representación política. Si hemos de seguir a Mirkin, fueron constitucionalizados después de la primera guerra mundial, pero más bien, en opinión del autor citado, para ser limitados en su acción y dejar abiertos simultáneamente con ellos otras conductas para acceder a la representación democrática. Pero la constitucionalización posterior de los partidos políticos está desde la segunda guerra mundial, orientada a configurar exclusivamente a los partidos políticos en instrumentos monopolistas de la representación pública.

Allá donde se mantiene un bipartidismo perfecto en el que los partidos se compometen en la alternativa de poder sin reclamar un cambio radical del modelo de sociedad, el sistema democrático funciona relativamente bien, aunque no deje de tener algún descarrilamiento como, por ejemplo, en Estados Unidos: el *Watergate* que obligó al presidente Nixon a su dimisión.

Desde la clásica obra de Duverger sobre los partidos políticos, se han producido variantes significativas que operan en el transfondo de la representación. En primer lugar se ha reducido sensiblemente la militancia, excepción hecha de los partidos comunistas, en el poder, aunque también en éstos se dan pruebas constantes de divisionismo e incluso de secesión. La crisis de la militancia trae su razón de ser de la crisis del fanatismo ideológico. El hombre de masa no espera ya en el mundo contemporáneo la realización de quimeras ideológicas. De otro lado, los fenómenos de cambio político le mueven a no quedar implicado en ninguna posición política activa y conocida. Pero lo fundamental es una verdadera fatiga política y la creencia instintiva de que todos los partidos políticos propenden a un control, tanto teórico como práctico, de naturaleza oligárquica. La famosa obra de Michels sobre el carácter oligárquico de la estructura de los partidos políticos se ha comprobado como efectiva y en grado muy superior al que exponía el teórico citado. Puede decirse en términos generales que la dirección colegiada de los partidos está en manos de los que forman parte de los aparatos burocráticos de los mismos y a pesar de que en algunas Constituciones, como en la nuestra, se impone el funcionamiento democrático en el seno mismo de los partidos políticos, la realidad pugna contra esta concepción idealista de los partidos políticos como instrumentos funcionales y a veces exclusivos de la democracia contemporánea.

Otro tanto puede decirse de los sindicatos. Las más de las veces dominados por la orientación genérica de las ejecutivas de los partidos, que los convierte, como se ha dicho tantas veces, en correas de transmisión de los mismos. La lucha por el poder en el seno de los partidos es la causa de la división en alas o tendencias de derecha a izquierda y a veces hasta la escisión misma. En una palabra, en la democracia contemporánea se ha construido una casta superior de los cuadros dirigentes que se van profesionalizando con tendencia creciente.

La crítica del parlamentarismo que trae al recuerdo obras importantes de las décadas de los veinte y treinta se está de nuevo agudizando, más que por razones ideológicas por la impotencia para afrontar políticamente los problemas casi existenciales que plantea la larga crisis económica abierta en los años setenta.

IV. Los medios de comunicación y de masa han cobrado una importancia decisiva como órganos de mentalización de la base electoral. En realidad debería partirse de los estudios de McLuhan de la radical mutación de la inteligencia humana, que ha producido el vértigo de la transformación tecnológica de estos "medios". Menos que nunca, a mi parecer, la opinión pública es mucho más pública que opinión. En definitiva, como dijera Teilhard de Chardin, el hombre ha dejado para siempre de pensar solo. Dígase lo que se diga, en términos sociológicos, hemos pasado de una cultura de ideas a una cultura de imágenes; esto lleva consigo la pérdida de influencia de los llamados intelectuales, que lejos de ir delante orientando el proceso político, se ven condenados a la comercialización de su pensamiento o a la disciplina del grupo político en que se integran.

La mutación de la inteligencia política que comenzó con la prensa periódica se ha producido de modo espectacular y pienso que irreversible con las verdaderas revoluciones mentales que han supuesto el transistor y la televisión. El transistor mantiene constantemente al individuo medio bajo una presión publicitaria y propagandística que constituye una verdadera seducción del individuo. Pero sobre todo la televisión ha provocado la captación subliminal del hombre medio. Todos recordamos una campaña de publicidad espléndida en las imágenes y en el colorido que tenía por *slogan* nada menos que el de que determinado aparato de televisión ofrecía visiones *mejores que la realidad*. El hombre televisivo sólo excepcionalmente descubre criterios para la formación de la opinión política en los libros. La distancia mental entre el hombre pre-televisivo y el hombre telegénico es un cambio fundamental en el hacerse ideas o captar la realidad. El arrastre de la televisión viene de la penetración en los hogares y del efecto de fijación y de pasividad que padece complacido el telespectador. Por ejemplo, es muy difícil concebir como futurible lo que hubiera pasado en la segunda guerra mundial de haberse dispuesto por los beligerantes del poder de imágenes que tiene la televisión. Esto explica la lucha entre el monopolio estatal de la televisión y la concepción de las televisiones privadas. Aparte de las

controversias jurídicas que entraña, en el fondo de lo que se trata es de la difusión y fragmentación fundamentalmente partidista que todo ello supone. No voy a entrar en este tema que está hoy en España en tela de juicio.

Lo cierto es que la televisión ha impuesto una imagen del hombre público y de la clase política en general absolutamente alejada o diferente de la de la era pre-televisiva. Se ha dicho que la televisión es un periódico con millones de lectores. Creo sinceramente que es mucho más que esto. Primero, porque la lectura de los periódicos exige un tiempo y una consideración crítica de los que no dispone para formar su propia opinión el hombre de masa. La televisión fija ante la pantalla a las familias rompiendo el diálogo entre sus miembros por la atención que exige y por los efectos subliminales que entraña. Se ha dicho y escrito en los Estados Unidos que se vende a un presidente como se vende un detergente. En las elecciones la controversia televisiva entre dos líderes llega a arrastrar masivamente el voto de los indecisos; por ello vivimos en un mundo tan singular que obliga al maquillaje de los políticos y hasta de los jefes de Estado. La penetración de la televisión en las asambleas políticas da lugar a intenciones de voto que sin ella serían mucho más meditados o mucho menos seductoras. En definitiva, la opinión de masa que en último término decide los comportamientos políticos resulta un reflejo casi pauloviano del hombre medio. La televisión, que llegará, sin duda, a poder ser tanto un instrumento de dominación mental como puede ser un medio incomparable de desarrollo cultural, es, en sí, un medio de comunicación democrática, pero por sus efectos forzosamente selectivo.

